



la página de SERGIO VODANOVIC

¡Trágame, tierra!

Esa era una expresión favorita de los folletines, cuando un personaje no sabía qué hacer con su humanidad y sólo atinaba a desear desaparecer transitoriamente de la faz terráquea.

Hoy la expresión ha caído en desuso. Ya nadie pide que poderes sobrenaturales hagan que se abra la tierra y se lo trague. Hay un recurso más simple: entrar a un rotativo. Ahí, con la complicidad de la oscuridad, es posible pasarse las horas que se desean para después, al retornar al mundo de los vivos, asegurar a los demás que se ha estado ocupadísimo, que se ha visitado a decenas de clientes o que se ha estado estudiando arduamente.

La delación es casi imposible.

Todo aquel que entra a un rotativo a horas en que oficialmente se supone que se ha de estar dedicado a otra actividad, está dispuesto a no ver a su vecino y a no ser visto por él.

El cine Plaza, en revolucionaria decisión, amplió el campo de aplicación de los rotativos y realizar funciones de traspasos. Tales funciones habrían llenado una importante necesidad social. ¡Por desgracia las autoridades no lo han entendido así y prohibieron que se cumpliera!

Imaginémonos, sin que para eso sea necesario un gran

LAS TRASNOCHADAS DEL CINE PLAZA DEBEN EXISTIR

esfuerzo, una reyerta conyugal. En esos casos, el marido suele poner fin a la discusión con un encogimiento de hombros, una media vuelta y un portazo. Después, el bar, el café o el siempre acogedor rotativo le permiten perder un par de horas mientras la esposa, en la casa, permanece expectante preguntándose si volverá o no y dónde estará. Pero si la reyerta es —como suelen ser por no sé qué fatídico destino— después de las horas de comida. ¿Qué hacía el marido saliendo de su casa a las doce de la noche si carece de vocación y sobre todo de oportunidad para el adulterio?

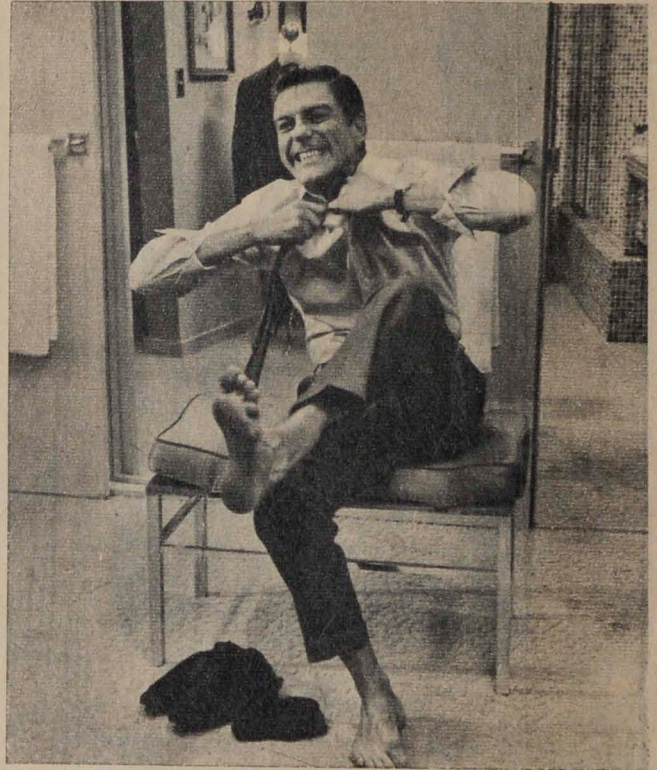
Hasta ahora, en vez de dar el portazo, no le quedaba otra cosa que meterse en su cama, hacer funcionar su radio a transistor y ponerse el audífono. No obstante, el resultado nunca es el mismo.

Pero para tan difícil situación ya había surgido una solución en este Santiago que intentaba modernizarse: las funciones de traspasos en el cine Plaza. Cuatro horas en el rotativo a altas horas de la madrugada, permitirían al marido llegar al alba a la casa silbando, ligeramente despeinado. Y cuando su esposa llena de las peores sospechas le preguntase dónde ha estado en esas horas, el marido que, como todos los maridos, es un hombre sincero y leal le contaría la verdad, esto es, que se ha ido al cine, a lo cual la esposa, incrédula como todas las esposas, le diría convulsionada: "En el cine a las dos de la mañana. ¿Por quién me tomas?" Y el marido, disponiéndose a dormir, le diría lo que les indigna a todas las mujeres que leen religiosamente la revista del domingo de "El Mercurio": "Eres una mujer muy mal informada".

Y pasarían los años y nunca se sabría si fue verdad o fue mentira la ida al cine a las dos de la madrugada. Y todo esto gracias a la extraordinaria iniciativa que tuvo

el cine Plaza y que las autoridades no supieron comprender. Imaginémonos otra situación.

En estos meses se suele hablar mucho de "los viudos de verano". Es de buen tono cuando eso se hace, guiñar un ojo y sonreír pícaramente. La leyenda nos dice que los maridos que tienen a su mujer y a sus hijos en la playa se quedan en Santiago llevando una vida disipada, reple-



tos de vino, de mujeres y canciones. Esa es la leyenda. La verdad es muy diferente. El marido solitario de verano, como todo animal domesticado, mantiene sus mismos hábitos de todo el año. Esto es el motivo de risa para quienes, haciendo lo mismo, no lo confiesan y, en cambio, se jactan de imaginarias aventuras e insultan al pobre marido que, solitario y varado en Santiago, se acuesta a las diez frente a su televisor, y si llega a acostarse tarde es porque ha ido al Hexagonal a ver perder a la Chile, lo que, también, ya se está convirtiendo en un hábito.

Para ese vilipendiado viudo de verano se había inventado el gran recurso. Ir al cine Plaza, aguantarse ahí las películas que sean y salir de madrugada. Llegar horas después a la oficina con cara de traspasado (porque técnicamente lo ha hecho), con ojeras y dando unos bostezos tan grandes como los que se dan en una película de la Raquel Welch. De inmediato los compañeros de oficina le preguntarán qué le sucede, y él, con aire ausente y honrando a la verdad, diría que se acostó muy tarde. Y si le preguntan con quién estuvo, le será muy fácil descubrir a la actriz de la película que vio, y, de este modo, el honor de este "viudo de verano" quedaría a salvo y los demás lo envidiarían secretamente, y lo más que le podría suceder es que ese mismo día se envíe un anónimo a Algarrobo. Cartagena o Tongoy, según sea el caso.

¿No podrán las autoridades reconsiderar su decisión, compadecerse de estos humanos problemas y dar permiso para que el cine Plaza realice sus saludables funciones de traspasos?

Así el grave problema de traspasar, sea porque se está sin la esposa o porque se está con la esposa, se habría resuelto en esta progresista ciudad de Santiago.

¡Buenas noches!